

hecho, debe ser un trabajo penoso hacer observar así las leyes, como casi siempre ocurre. No hay más que ver la persona y la conducta de esos fanáticos de rúbrica, para comprender cuán árido y seco es ese formulario sin espíritu y sin corazón. Apenas es posible imaginar hombres, cuyos rostros muestren más claramente el disgusto y el malestar. Pero esto es la verdadera expresión de la justicia sin moral, de la administración que para nada tiene en cuenta la conciencia, de la ley que apenas se preocupa del derecho.

Inútil es exponer el miserable estado en que se encuentran los hombres que viven sometidos á este derecho sin moral. Su juicio sobre la máquina de madera, y con frecuencia de hierro, pero siempre incómoda, molesta é insoportable del burocratismo, pertenece al corto número de cosas en que todos están de acuerdo.

Así, nadie vive á gusto en el Estado moderno, ni los que empuñan el timón, ni los que manejan el remo, ni los que navegan en el barco como simples pasajeros. Todos se darían por satisfechos, si pudiesen abandonar lo antes posible esta incómoda morada, y encontrar en cualquier parte una isla afortunada que prometiese más satisfacciones al corazón. Sí, á veces manifiesta un Goethe el deseo de abandonar este mundo insoportable, en que reina una civilización fatigosa, para vivir entre salvajes.

Evidentemente, no confiesa esto más que en horas de olvido y de gran malestar; pero cada cual siente en su interior que hay, para la vida pública, un ideal más hermoso que el presente. Este descontento de nuestra situación ¿tiene un fundamento? ¿en qué consiste? Con frecuencia nos formamos de él una idea tan poco clara como de la causa por la cual repetimos sin cesar estas palabras en todos los panegíricos de nuestra época: «Y, sin embargo, era esto antes mucho más hermoso.» La explicación es fácil. Sí, hubo un tiempo en que la vida era más agradable aquí bajo. Ocurría esto cuando Dios y el mundo estaban unidos; cuando se procedía de modo que el derecho estuviera en

armonía con la moral, y cuando se observaba el primero por deber de conciencia. Entonces, para describir la vida colocada bajo la protección de la ley, no se poseían otros términos que estas idílicas expresiones: «Cada uno reposaba en paz á la sombra de su parra y de su higuera». <sup>(1)</sup>

(1) III Reg., IV, 25.